

Llevamos años, y en los últimos meses con más intensidad, escuchando y leyendo a quienes han decidido, contra la historia y contra el sentido común, que la Iglesia católica debe ser desposeída de no sé cuántos inmuebles, buena parte de ellos destinados al culto. De entre estos, el más emblemático y renombrado, la mezquita-catedral de Córdoba. No creo que este afán expropiatorio tenga sólo que ver con las dizque suculentas cajas que produce el monumento: los gastos de conservación y mantenimiento supongo que serán elevadísimos; me malicio que la cosa viene más bien por el inveterado afán de cierta izquierda de fastidiar al clero (ya sabemos que la Iglesia es un nido inabarcable de carcasas) y, de camino, y al amparo de buenismos y multiculturalismos tan en boga, dar cabida a otras confesiones en el recinto. Permítanme que me retrotraiga a mis años mozos en el colegio de Villafranca. Allí, el jesuita que intentaba enseñarnos algo de historia y de arte, y refiriéndose a la mezquita-catedral (o catedral-mezquita, como quieran), nos hacía ver que derribar un monumento para construir otro sobre el mismo era una barbaridad: así en el caso de la mezquita cordobesa, demoler un templo cristiano para erigirla; como también lo fue destruir parte de esta para incrustar la catedral. Y como lo sería, remataba, hacer lo mismo con esta última para volver al estado prístino del templo musulmán. Al final, según creo, la cosa se reduce a utilizar un poco el sentido común. Estamos hablando de arte y de patrimonio, no sólo de fe. Lo que ocurre es que el arte al que nos referimos, los monumentos en cuestión, asientan sus cimientos no sólo en la roca del subsuelo, sino en las creencias más acendradas de muchos que, de acuerdo con estas, se pusieron manos a la obra para honrar la religión y sus misterios en obras tangibles, muchas de ellas expresiones del genio humano, que hemos tenido la inmensa fortuna de heredar para nuestro goce y disfrute, sea fervoroso, sea profano. Desde luego, además de los inmuebles (o tallas, retablos, pinturas...) catalogados como tesoros, existen otros muchos que no han sido tan mimados. En Zafra tenemos algunos ejemplos. Me trans-



JUAN CARLOS FERNÁNDEZ

PATRIMONIO EN PELIGRO

«Llevamos años, y en los últimos meses con mayor intensidad, escuchando y leyendo a quienes han decidido que la Iglesia católica debe ser desposeída de no sé cuántos inmuebles»



Estado ruinoso del Hospital de San Miguel. :: VERÓNICA O

mite un amigo su pesar por el estado en que se encuentran algunos edificios que estuvieron consagrados y que, hogaño, parecen encaminarse hacia la ruina. Por ejemplo, el Hospital de San Miguel, que ahora va a ser rescatado para usos municipales. Pero, muy especialmente, están los antiguos conventos de Santa Catalina y de las Carmelitas. El abandono por las congregaciones que los habitaban lleva de cabeza al deterioro y a la ruina si no se hace nada por evitarlo. Y cada día que pasa cuenta, me parece. Desde luego, las obras de arte que albergaban, según ten-

go entendido, fueron destinadas a otras instituciones religiosas y dudo que sean recuperables. Como siempre, nos topamos con las dificultades derivadas de la propiedad y de la carencia de medios. Los titulares de los inmuebles tal vez no puedan atender a su conservación. Lo que nos lleva a la intervención posible de las Administraciones: ¿se puede plantear la compra para darle un uso que pueda ser de interés general? ¿Se pueden restaurar para que pueda admirarse por todos su valía artística? ¿Es esto viable sin la recuperación de los bienes muebles

que cobijaban? Y, sobre todo, ¿cuánto cuesta todo esto? Nos encontramos, como tantas veces, ante problemas de difícil solución salvo que alguien se ponga manos a la obra. Para eso, en primer lugar, deberían definirse los usos alternativos que pudieran tener los edificios. ¿Existen proyectos que merezcan la pena como para acometer el esfuerzo burocrático y financiero? Observará el agudo lector que los dos últimos párrafos están trufados de interrogaciones. Les advierto que no planteo preguntas retóricas. Sólo plasmo mis dudas,

«El arte al que nos referimos asienta sus cimientos no solo en la roca del subsuelo, sino en las creencias»

«Me transmite un amigo su pesar por el estado en que están algunos inmuebles de Zafra que fueron consagrados»

«Es una pena que parte del patrimonio esté destinado al colapso. La esperanza: en Zafra hay sensibilidad»

«Animo a todas las partes para que inmuebles que llevan siglos erigidos no se conviertan en nidos de ratas. O algo peor»

surgidas después de conversar con el amigo al que más arriba me refería. Lo que sí puedo asegurar es que es una pena que parte del patrimonio esté condenado al colapso. La esperanza: en Zafra hay sensibilidad. Ahí están Santa Marina (aunque no demasiado usada). O el museo de Santa Clara, que tanto bueno nos aporta. A ver si tenemos suerte. Desde mi modesta posición de ciudadano, aunque privilegiado por disponer de una página para decirles cosas, me permito animar a todas las partes a que busquen fórmulas que permitan que inmuebles que llevan siglos erigidos no se conviertan en nidos de ratas o de cosas aún peores, y que se evite la ruina. En España hemos sufrido bastante la incuria respecto del patrimonio histórico, que tantas veces ha sido fruto del expolio y del desinterés.